

La tradición católica que se puede reconocer en la vida y cultura de nuestros pueblos latinoamericanos -cimiento fundamental de identidad, originalidad y unidad- es una riqueza que debemos reconocer y agradecer como regalo de Dios (cfr. DA 6-8). Junto con el reconocimiento y la gratitud, estamos llamados a despertar y mantener el compromiso de custodiar esta riqueza y de purificarla desde la Palabra de Dios, conscientes de que la Iglesia se edifica y crece al escuchar y entrar en una intimidad cada vez mayor con dicha Palabra.

Es indispensable que propongamos a nuestros pueblos la Palabra de Dios como don del Padre para el encuentro con Jesucristo vivo; en respuesta a los anhelos de los discípulos que quieren nutrirse con el Pan de la Palabra, estamos llamados a favorecer el acceso a una interpretación adecuada de los textos bíblicos para que sean empleados como mediación de diálogo con Jesucristo y para que sean alma de la propia evangelización y del anuncio de Jesús a todos (cfr. DA 248); necesitamos hacer operativa la afirmación de la Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación en su número 23: "La Iglesia, esposa de la Palabra hecha carne, instruida por el Espíritu Santo, procura comprender cada vez más profundamente la Escritura para alimentar constantemente a sus hijos con la Palabra de Dios". El presente número de nuestra revista, "El cristianismo en sus orígenes, contexto cultural y exégesis" se ofrece como una aportación en este sentido.

El número 12 de la ya citada *Dei Verbum* nos ofrece los elementos fundamentales para interpretar adecuadamente la Sagrada Escritura, los que, siguiendo a Benedicto XVI, podemos recapitular en dos niveles metodológicos: el método histórico crítico, ya que el Verbo se hizo carne -se hizo historia y cultura- y el método teológico, ya que no sólo se trata de palabras humanas, sino también de Palabra divina que se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita. Los nueve estudios que aquí se ofrecen, si bien se extienden en análisis correspondientes al primer nivel metodológico, encaminan sus conclusiones a enriquecer la comprensión teológica de los aspectos que consideran.



El “estudio socio histórico de Lc 22, 24-27” nos da la oportunidad de aproximarnos a los orígenes del cristianismo desde los conflictos internos y desde las confusiones en la identidad de los discípulos; conflicto y confusión que se han de resolver desde el estilo de Jesús, desde la actitud de servicio que ha de construir la identidad del grupo. El segundo artículo, “Pablo y Apolo en Corinto”, nos ofrece elementos para descubrir un poco más la personalidad del predicador alejandrino y su relación con el apóstol de la gentes a fin de reconocer que, a pesar de las diferencias de ambos en el modo de anunciar el evangelio, los dos son un ejemplo de cómo se puede colaborar en la misión apostólica buscando siempre la unidad de la Iglesia. Estos dos primeros aportes, escritos por autores latinoamericanos, nos ofrecen elementos eclesiológicos de gran importancia para no perder el rumbo de nuestra experiencia eclesial.

Los siete artículos siguientes, elaborados por un equipo de escrituristas que desempeñan su ministerio desde España, como se puede comprender desde la lectura del primero de ellos, “Exégesis contextual, ciencias sociales y dimensión teológica”, en realidad conforman una unidad y a ello mismo obedece su brevedad, la manera de introducir sus aportaciones y el común enfoque metodológico. El recurso a las ciencias sociales es presentado como un complemento de otros métodos exegéticos para superar un reduccionismo espiritualista, favorecer el descubrimiento de la verdadera dimensión teológica de los textos y facilitar la comprensión de la Palabra de Dios encarnada.

Lo que ha dado lugar al inicio del cristianismo ha sido el encuentro de fe con la persona de Jesús, el Cristo, (cfr. *DCE 1*; DA 243). Este encuentro fue posible ayer, en los inicios de nuestra comunidad creyente, y es posible hoy gracias a que “el Verbo se hizo carne” (Jn 1,14); esto es, gracias a que la Palabra eterna entró en el espacio y en el tiempo y asumió un rostro, una identidad humana y una cultura concreta. Ahora, puesto que “la Palabra de Dios, expresada en lenguas humanas, se hace semejante al lenguaje humano, como la Palabra del Eterno Padre, asumiendo nuestra débil condición humana, se hizo semejante a los hombres” (DV 13), la experiencia del discipulado y el compromiso de la misión que nuestros obispos latinoamericanos quieren impulsar, para que nuestros pueblos en Cristo tengan vida, ha de asumir como condición indispensable el conocimiento profundo de la Palabra sin perder de vista el contexto de su escritura ni el contexto de su lectura.

P. Andrés Torres Ramírez
Director

Agradecemos al CEBIPAL - Centro Bíblico Pastoral para América Latina, en la persona del P. Fidel Oñoro y del P. William Segura, su mediación en la realización del presente número de nuestra revista.